

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

pre con interés por el público y que siempre merecerá los elogios de los inteligentes.

Reciba nuestros plácemes por tan notable obra su distinguido autor, y recíbalos también el señor marqués de Portugalete, cuyo amor a las artes y exquisito buen gusto claramente se han revelado en la adquisición de esta obra y de tantas otras como adornan el magnífico palacio de su residencia.

REVISTAS CONTEMPORANEAS

SE compara por algunos la vida a una larga cadena cuyos eslabones de diversos metales son los años.

Admitida la exactitud de la comparación, natural es que nos preocupe la duda de si el que vamos a añadirle será de hierro o de oro.

Si la Providencia al determinar el curso de los sucesos siguiese la regla heráldica que prohíbe poner un metal sobre otro de la misma clase, ya tendríamos un dato para nuestras investigaciones. La calidad del año que nace podría colegirse por la del que muere. Pero en cuestión de años, viene observándose de muy antiguo que buenos y malos suelen darse por rachas como los colores en el juego.

En esta incertidumbre cada cual consulta el barómetro que cree más seguro para calcular el tiempo que nos aguarda.

Los que opinan que el jefe del vecino im-

perio tiene aun en sus manos los destinos de Europa y la paz o la guerra del mundo, esperaban impacientes para fijar su criterio, la gran recepción de primero de año. La recepción ha tenido lugar; la esfinge de las Tullerías ha hablado al fin: sólo falta un Edipo que descifre su enigma.

Napoleón cree en la paz: al menos así lo ha dicho. Al verle es seguro que más de una mefistofélica sonrisa habrá vagado por los finos labios de sus diplomáticos oyentes.

Las seguridades del César francés han hecho, no obstante, en algunos el efecto de un Iris tendido sobre el nebuloso cielo de la política. Verdad es que otros niegan la exactitud de los pronósticos imperiales y aseguran haber oído en lo alto del Vaticano palabras temerosas que predicen grandes y próximos cataclismos. ¿Quiénes estarán en lo cierto? Al tiempo, gran maestro de verdades, deja el encargo de despejar la incógnita.

Entre tanto, y siguiendo el deseo natural en el que recoge una herencia, tratemos de ver si es buena o mala la que al morir nos ha legado el año de 1865.

Si tendemos la vista por Europa, encontramos que casi todos los países se hallan preocupados en la resolución de algunos de

esos importantes problemas que afectan directamente a la vitalidad de las naciones.

La Francia imperialista siente que se bambolean sus obras, aflojándose los lazos con que ha querido hacerlas solidarias de su fortuna: la silueta de Grant comienza a dibujarse amenazadora para el trono de Méjico en el porvenir de los Estados Unidos, a cuya jefatura parece llamado, y el rey *galantuomo* se encuentra impotente ante los conflictos que a cada paso le crea el partido de acción, el cual se olvida de Solferino para no acordarse más que de Aspromonte.

En Inglaterra el fenianismo por un lado, y la insurrección de la Jamaica por otro, han dejado tan profunda huella en el espíritu público, agitándolo en diversos sentidos, que los radicales, dueños al fin del poder, tras una larga lucha parlamentaria, dudan y no se atreven a plantear la más pequeña de las importantes reformas que prometieron en la oposición.

Y lo que decimos de estas dos grandes naciones, que por la actitud en que se encuentran y los medios que poseen, se han llamado con razón los dos platos de la balanza política del mundo, se hace extensivo en mayor o menor escala a las demás potencias importan-

tes. Por fortuna, el espíritu de incesante actividad que anima a los pueblos y que puede decirse que es el secreto de su conservación, ni se desalienta ni se asusta, y a pesar de la general inquietud, y de los funestos vaticinios, rompe la atmósfera de preocupaciones que lo envuelve y tornasola con un rayo de esperanza y vida las tempestuosas nubes que se amontonan en su horizonte. ¡Gloria al genio del siglo, que al través de las convulsiones, los trastornos y el pánico de la sociedad, marcha con paso seguro y sin apartar los ojos de la meta a que se dirige a la conquista de las grandes verdades y a la realización del triunfo de la inteligencia!

A él se debe el grandioso proyecto de la próxima Exposición Universal, donde compitiendo en lucha gigantesca las artes y la industria del mundo, al par que se ofrece el magnífico espectáculo de la más hermosa fiesta de la civilización, podrán abrirse nuevos venarios a la riqueza y al tráfico, estrechando las relaciones de los pueblos.

A él se debe la perforación del istmo de Suez, problema insoluble hasta que ha venido a resolverlo la generación actual, que según las últimas noticias verá dentro de un brevísimo término, confundidas las aguas de dos

mares, y abierto al comercio de Europa ese camino de Oriente tanto tiempo soñado por nuestros navegantes.

A él se debe, en fin, el generoso impulso a que obedecen los soberanos, convocando en Constantinopla las Conferencias sanitarias, verdadero acontecimiento científico que derramará la luz sobre esa enfermedad terrible y misteriosa que guarda aún el secreto de su deletéreo influjo.

Esta misma lucha entre el espíritu de actividad y vida, y el marasmo y el temor que engendran las preocupaciones de la doble crisis política y financiera por que atraviesa Europa, podemos observarla en España.

El estado de la Hacienda, las luchas de los partidos, la paralización y el luto que ha dejado en pos de sí el cólera, contribuyeron por un instante a detener el natural movimiento, dando pie a los augures de desdichas para trazar cuadros lamentables del porvenir que nos aguarda. No obstante, el país despierta poco a poco de su letargo. Al patriótico llamamiento del comercio de Madrid, que en una Memoria luminosa expone a grandes rasgos los motivos de su momentánea decadencia, e indica los medios de remediarla se han apresurado a responder, adhiriéndose al pensamiento, pri-

mero el Círculo Mercantil de Barcelona, y después los de todas las ciudades más importantes de España. En los centros industriales y artísticos también se nota una actividad desusada debida a la reciente circular de la comisión nombrada para disponer el envío de nuestros productos a la exposición universal de París.

Los teatros, que bajo tan malos auspicios comenzaron sus tareas, se ven ya concurridos por un público numeroso. El Real, a fuerza de ir pasando ante los ojos de los espectadores una interminable serie de cantantes de segundo orden como figuras que cruzan por el lente de una linterna mágica, ha conseguido sacar a salvo una tiple. Pero no contento todavía con este éxito el señor Caballero, sigue impávido el itinerario del que podríamos llamar *Viaje alrededor de un cantante de punta*.

En el Circo, la lindísima comedia del señor Rubí titulada *Física experimental*, continúa llamando la atención del público, y mientras el Príncipe, que teniendo en cuenta la aristocrática sociedad que concurre a sus localidades, podremos llamar la sucursal del regio coliseo, sin abandonar los preparativos para las anunciadas representaciones del *César* y el *Hernán Cortés*, saca a luz las gloriosas

obras de nuestros inmortales poetas antiguos, la Zarzuela, ansiosa de ofrecer alguna novedad, contrata la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriol, que con tanta aceptación ha recorrido las primeras capitales de nuestras provincias.

Por último aún no se han desvanecido los rumores de las pasadas fiestas; aun suenan en el oído los ecos del tambor que acompaña los cantos populares, cuando ya comienza a percibirse la alegre algarabía del Carnaval, que se acerca a nosotros agitando su cetro de cascabeles y llamando con su voz destemplada y chillona a los adoradores de Terpsícore.

Lástima grande será que los lamentables sucesos que han venido de improviso a turbar el orden público, detengan el desenvolvimiento de tantos intereses y la realización de tantas esperanzas, saliéndonos a recibir en el dintel del nuevo año con su enojoso cortejo de quietudes, preocupaciones y temores.

Por su parte *El Museo Universal* que con este primer número entra en el décimo año de su publicación, ajeno en un todo a las luchas y a las pasiones políticas, procurará seguir ese movimiento de adelanto que nota a su alrededor difundiendo el gusto hacia el estudio de las ciencias y las artes, delicadas flo-

PAGINAS DESCONOCIDAS

res del ingenio humano, cuyo cultivo inclina a los hombres al amor de la paz y de los saludables progresos.

A fin de conseguirlo, continuaremos en el discurso del año que comienza trabajando con la misma fe que en los precedentes dándonos por muy satisfechos si merced a la variedad de los asuntos, al interés de los artículos especiales y la perfección de las ilustraciones, logramos que, como hasta aquí, ocupe un lugar distinguido en la consideración del público.

ORA fijemos los ojos en el espectáculo que ofrece nuestro actual estado de cosas, ora los volvamos fuera hacia lo que sucede en otros países, de todos modos se nos antoja empresa bastante ardua escribir una revista que interese a la generalidad de sus lectores.

Como presentíamos, la complicación de los lamentables sucesos que se iniciaron en la última semana ha venido a desviar la atención pública de los asuntos de nuestro dominio, propios por su carácter de un periódico de la índole de *El Museo* que aun en circunstancias normales, apenas toca al pasar ligeramente por cima de ellas las ardientes cuestiones de nuestra política interior.

¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué se dice? ¿Sabe usted algo? He aquí las únicas palabras que se han oído durante los últimos días; la fórmula usual de salutación en todos los círculos; el prólogo y el epílogo de todas las con-

versaciones. Mientras ha durado lo que pudiéramos llamar el periodo álgido de la gran cuestión del momento, cada ciudadano español ha sido una interrogación ambulante.

Acontecimientos análogos a éste han producido en otras épocas una honda sensación acompañada de temores, de esperanzas, de afectos graves, en fin, que han agitado el espíritu público de una manera seria y profunda; el presente, más bien que otra cosa, puede asegurarse que ha obtenido un éxito de curiosidad sin ejemplo. ¡Húndase el mundo, parecían decir los curiosos, pero sépamos de qué modo se hunde y estaremos tranquilos! Como en la representación de una de esas comedias de enredo, en que el autor se complace en burlar la perspicacia de los espectadores, ocultando los resortes a que obedecen sus personajes, el público sólo se ha manifestado impaciente por conocer el desenlace de la fábula.

En esta situación anormal, la hoja volante de un periódico de noticias, el extraordinario de *La Correspondencia* o el suplemento de la *Gaceta* con los últimos partes recibidos por el telégrafo, consiguen que se echen a un lado como cosa de escasa importancia y poco momento el libro más interesante, el semanario

más instructivo, la lectura más deleitosa. Al oír los discordes gritos con que la turba de chicuelos que se derrama como un río que sale de madre por las calles de la coronada villa, anuncia la última novedad, el erudito levanta la vista del empolvado infolio que hojeaba, tratando de indagar los secretos de otras edades para saber lo que pasa en la suya; el sabio abandona el telescopio con que medía las profundidades del cielo para inquirir lo que sucede en la tierra; el artista desciende un momento del mundo ideal de la poesía para entrar en el de la prosa, y todos a una voz preguntan, saliendo del retiro de su gabinete: ¿Qué hay?

*El Museo*, que no frecuenta los círculos oficiales ni los de los novelistas políticos; *El Museo*, cuyas prensas no aguardan impacientes la última *fila* para servirla palpitante aún a los consumidores, poco o nada podrá decir a los que, amantes de ese género de actualidad, le salgan al paso con la pregunta este-reotipada en todos los labios. ¿Les extractaremos, por ventura, los partes telegráficos del órgano oficial del Gobierno? ¿Quién no los ha leído ya? ¿Quién lo ignora? ¿Les hivanaremos en la forma más dramática posible las pro-mil y mil absurdas noticias que circulan, pro-

ducto de la fantasía de los noveleros de oficio que en estas ocasiones se despachan a su gusto? Tanto vale abrir el libro de *Las mil y una noches* o el más moderno de *Las mil y una barbaridades* y leer cualquiera de sus capítulos.

Lo repetimos: para satisfacer a ciertos curiosos, las publicaciones como la nuestra no son las más abonadas. Sin embargo, hay algunos a quienes, como a nosotros, aflige el espectáculo de estas pequeñas miserias de la vida interior de todos los países; personas que siguen con interés el movimiento general de la política del mundo, por cuanto ofrece un provechoso estudio y una saludable enseñanza, pero que no es gusta fijarse en estos enojosos pormenores; personas, en fin, que, abstraídas en la contemplación de las cosas grandes, de los problemas sociales y científicos que la humanidad trata de resolver, viven en una atmósfera más serena, y no desvían un momento su atención del asunto que les preocupa para ver el motín que pasa por debajo de sus balcones. Pocas son estas personas, pero para ellas escribimos, repitiendo al comenzar nuestra tarea la famosa divisa: *¡Qui m'aime me suit!*

Y para apartar más por completo la aten-

ción de lo que pasa a nuestro alrededor, trasladémonos de un salto del lado de allá de los mares para venirnos aproximando poco a poco al punto de donde partimos.

En Chile la cuestión española se mantiene *in statu quo*: han tenido lugar algunas ligeras escaramuzas entre las tripulaciones de varios botes de los buques de nuestra escuadra y las de otros de los chilenos; pero las hostilidades no se han roto en forma, por más que se ha echado a volar por algunos esta noticia; antes por el contrario, si hemos de dar crédito a la carta escrita por Mr. Bright al presidente de la Asociación de fundidores de cobre de Birmingham, en Inglaterra, se espera con gran confianza un próximo arreglo del conflicto. Ciertamente es que el partido demagógico hace esfuerzos increíbles para impedirlo, y hasta amenaza con una guerra civil; pero el Gobierno de Chile, no encontrando apoyo en el Brasil, Buenos Aires, Montevideo y Nueva Granada, que, por el contrario, le aconsejan la paz, tendrá que optar por este último extremo. La cuestión queda, pues, en el mismo estado de expectativa en que se encontraba, estado especial en que ha entrado igualmente la del Paraguay con la aceptación por ambas

partes beligerantes de un armisticio de dos meses.

En Méjico, por el contrario, a juzgar por los rumores que circulan a última hora, se encuentran en el principio del fin, el cual no tardará mucho si sale cierta la noticia de haber estallado una sublevación en la capital del imperio. Napoleón, preocupado en la actualidad con el estado de alarma en que se encuentran los hombres de negocios de Francia, a los cuales no satisface la reciente Memoria de Mr. Fould, que en vano procura ocultar con flores los bordes del precipicio, tendrá que atender a esta nueva complicación política, complicación en la que no dejarán de tomar parte, desempeñando un principal papel, los Estados Unidos, donde las ideas vertidas por Grant en sus discursos se acogen con evidente entusiasmo.

París, *el cerebro del mundo inteligente*, como le llaman sus admiradores, se preocupa también de esta cuestión; pero, a pesar de todo, no le falta tiempo para discutir cosas más fútiles, y aún no se ha extinguido el eco de las acaloradas polémicas a que dieron lugar las representaciones de *Enriqueta Marechal*, cuando he aquí que sale a la palestra un nuevo asunto de controversias. Verdi tra-

ta de escribir una ópera con el mismo argumento del famoso drama de Schiller titulado *Don Carlos*.

Ocupándose de la comedia de los hermanos Goncourt, ha dicho Kar, cerrando el debate con su lacónica sentencia: «Admito la fotografía en el teatro. *Enriqueta Marechal* es una prueba acabada del nuevo género; pero, ya que sois fotógrafos, no os deis tono de artistas.»

Un distinguido crítico francés, a semejanza del reputado novelista, ha concluido la cuestión que se agitaba en torno a la futura ópera de Verdi con estas frases: «El *Don Carlos* de Schiller, el *Don Carlos* de la leyenda no existe. La crítica y los recientes estudios históricos lo han matado. Su resurrección sería un contrasentido hasta en el teatro de la Opera.»

He aquí lo que más inmediatamente ocupa la atención de ciertos círculos, mientras en otros consultan llenos de sobresalto el horizonte de la política.

Afortunadamente, en este continuo vaivén de los sucesos, cuando el horizonte se nubla en un punto, la tormenta que parecía próxima a estallar en otro se desvanece como por ensalmo.

La situación de Italia ofrece un ejemplo palpable. Mientras en Florencia se complican los asuntos, merced a la doble oposición de la Cámara, a la cual no satisface de ningún modo el Gabinete con tanto trabajo constituido después de la última crisis, en Roma la aceptación por parte de Pío IX de los recursos con que el Gobierno de Víctor Manuel se brinda a levantar en una razonable proporción la abrumadora carga de la deuda pontificia, ha abierto nuevos horizontes a la esperanza de algunos, que confían ver armonizados en un término más o menos próximo los intereses de la Iglesia y del nuevo reino italiano.

En Nápoles, al menos, debe tenerse fe en un desenlace feliz de la cuestión magna, cuando sus hombres más eminentes se ocupan en primer término de la organización definitiva de la Academia de ciencias morales y políticas creada últimamente en aquella ciudad, promete ser una de las más notables de la península itálica, y a la cual el ministro de Estado ha pedido la dirección científica para un viaje de circunnavegación que va a emprenderse por cuenta del Gobierno.

Hasta qué punto se realizarán estas esperanzas, no nos atrevemos a pronosticarlo,

por más que en política nuestra divisa sea el conocido *Nihil admirare*.

Y en verdad que pocas cosas podrán ya parecernos imposibles en este terreno, cuando vemos que se habla como de asunto corriente en Turquía de sacar a la venta pública los bienes de las mezquitas; esto es, de llevar a cabo en uno de los países más fanáticos del mundo una medida económica semejante a nuestra desamortización eclesiástica, y cuando desvanecidos, al parecer, los insuperables obstáculos que a ellos se oponían, vemos la nacionalidad húngara renacer vigorosa, armonizándose con la política de Austria, cuyos emperadores van a ser solemnemente coronados en Pesth.

En presencia de estos acontecimientos inexplicables, esperemos, a pesar de todo, que tanto fuera como dentro de nuestro país las cosas tomen un camino diferente del que anuncian las fatídicas señales con que se ha inaugurado el año; esperemos que la apertura de los elegantes salones de la sociedad madrileña la animación de los teatros, la aparición de las obras literarias que se disponen y el movimiento y la vida propios de la corte en la época que atravesamos, vendrán a hacer

más fácil nuestra tarea, ofreciéndonos alguna novedad agradable.

Hoy, con decir a nuestros lectores que en algunos puntos se han constituido ya las Juntas provinciales que han de disponer cuanto concierne al envío de los productos españoles a la exposición universal de París, que en otros se organizan bajo nuevas bases las Comisiones encargadas de la conservación de los monumentos artísticos, y que en Madrid la escasa atención que el público presta a cuanto no atañe a la política, se divide entre la Harris, que cada noche alcanza un nuevo triunfo en la *Sonámbula* y la compañía de cuadros plásticos de Mr. Farriols, que ha conseguido ser recibida con aplauso en la Zarzuela, podemos poner punto al catálogo de las novedades de esta semana, una de las más llenas de emociones y acontecimientos, y, sin embargo, la más estéril para nuestra revista.

HAY un adagio muy conocido que dice que no hay mal que por bien no venga. Lo que respecto a la cuestión de Chile y el apresamiento de *La Covadonga* sucede, viene, en cierto modo, a justificar el adagio. Que el triste suceso que ha llenado de indignación todas las almas verdaderamente españolas ha sido un mal, no hay para qué afanarse en probarlo: tratemos de averiguar ahora los bienes que a consecuencia de este mal nos han venido. Por lo pronto, el interés que esta cuestión tiene en sí misma, avivado por tan notable incidente, contribuye de una manera eficaz a que se fijen los ojos en aquellos apartados países, desviándolos un punto de las pequeñeces y las miserias de nuestras luchas políticas. Si a esto se añade que, merced a la traidora agresión de los chilenos, se han roto como por encanto las redes diplomáticas en que los representantes de las potencias

mediadoras tenían envuelto el asunto, devolviéndonos, sin ningún género de responsabilidades, toda nuestra libertad de acción, fuerza será confesar que se inclina de nuestro lado la balanza. El encontrarnos para obrar de aquí en adelante en un terreno tan franco y despejado bien vale cualquier sacrificio,

La unanimidad de opinión que se observa en todos los partidos respecto a la conducta que ha de observarse con Chile para vengar con usura el agravio hecho a las armas españolas y el sentimiento íntimo de nuestra superioridad sobre un país que sólo por medio de la alevosía ha podido conseguir un pequeño y fácil triunfo, afirman en nuestro ánimo el convencimiento de que por nuestra parte ha de tener la cuestión un desenlace honroso.

No debe suceder así a los chilenos, los cuales se apresuran a gozar de su victoria con todo género de ridículas demostraciones, previendo que no ha de durarles mucho la alegría.

La explosión de cómico entusiasmo que en aquella república ha producido la inesperada captura de *La Covadonga* raya en lo inverosímil. Chile, y permításenos lo vulgar de la comparación, se encuentra con esta pequeña ventaja como niño con zapatos nuevos;

la lectura de sus periódicos, que pregonan la nueva en estilo rimbombante y describen los transportes de júbilo a que el país se ha entregado, causa a un mismo tiempo indignación y risa. Ha habido fiestas e iluminaciones, *Te Deum* y repique de campanas, salvas de artillería y arcos de triunfo. El Senado se ha reunido para votar solemnemente una recompensa nacional en favor de Mr. Villians, del extranjero a quien debe su reciente gloria, especie de Otelo rubio que combate por cuenta de Chile, como el amante de Desdémona por la de la república veneciana. En el teatro de la capital se ha hecho una función patriótica de cuadros vivos, en que la *Esméralda* aparecía como el terror de los mares y el león de España humillado a los pies de sus enemigos: cuadros que si bien son un inocente desáhogo, tienen la falta de conocerse a tiro de ballesta que es chileno el pintor. Por último, como trofeo glorioso, han colocado en la Catedral la bandera de nuestro buque. Si todo esto se hace a propósito de la captura de una goleta, ¿cómo creen en Chile que deberán significar su júbilo las naciones cuando reciben nuevas de una victoria como la de Lepanto? Por nuestra parte, el día que sepamos que la escuadra española ha bombar-